

Juan Bruce-Novoa, entre García Ponce y la *Autobahn*

Anecdotario

J A C O B O S E F A M Í

Conocí a Juan Bruce-Novoa (San José, Costa Rica, 1944-Irvine, California, 2010) en el verano de 1993. En esa época yo trabajaba en Nueva York y estaba pasando una breve temporada en Corona del Mar, California. Juan era el *Chair* del Departamento de Español y Portugués, de la Universidad de California, Irvine. Le pedí un espacio para trabajar y me lo concedió de inmediato. También conocí a Seymour Menton, que en esos años estaba por jubilarse. Iniciamos una amistad inmediata que se vio truncada por mi vuelta a Nueva York. Un par de años después tuve la gran fortuna de que me contrataran en ese mismo Departamento.

A partir de ese momento, Juan (también Seymour, con quien iba a un restaurante *delicatessen* cada mes, a comer sándwiches de pastrami) se convirtió en uno de mis más frecuentes interlocutores; pasábamos muchos ratos juntos en cafés, en casas, en museos, en oficinas. Colaboramos en el congreso de mexicanistas que Juan había fundado con John Waldron y Carl Good —en su momento, estudiantes que terminaban el doctorado— justo en 1995, el año que llegué a Irvine, y que después

fue un evento anual que ahora comparto con Viviane Mahieux (la querida colega y amiga que lo sustituyó, y con quien comparto también tantas cosas, la verdad, un regalo indirecto que me legó Juan). Como mínimo homenaje, le pusimos el nombre de Juan al congreso y, cada vez que lo hacemos, su imagen y presencia invisible vuelve, acompañado por los UC-Mexicanistas.

Poco tiempo después, me invitó a dar un curso compartido sobre la literatura, la cultura y el arte en México, de 1950 a 1968. Aunque yo di algunas clases, fue una gran oportunidad de observar a Juan, como el gran maestro que fue, hablando no solo de Paz, Rulfo, Arreola, Fuentes o Fernando del Paso, sino de la generación de la “ruptura”, la de Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Julieta Campos, Juan Vicente Melo, Inés Arredondo, Sergio Pitol, Esther Seligson, y a los que agregaba a José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska y Margo Glantz. También discurría sobre los artistas visuales de esa misma generación, que conocía igual de bien, como Mathias Goeritz, Manuel Felguérez, Alberto Gironeña, Fernando García Ponce, Arnaldo Coen, Sebastián, Vicente Rojo, Lilia Carrillo, José Luis Cuevas y tan-



tos otros. Su tío había sido Carlos Novoa, presidente del Patronato a cargo de la construcción de la Ciudad Universitaria, de la UNAM (y, durante esos años de construcción, Director del Banco de México), por lo que también daba clases magistrales sobre el proyecto arquitectónico y construcción de C.U.

Juan era una enciclopedia de aquella época. Iba a todos los congresos siempre bien vestido, con ropa muy fina. Recuerdo sus corbatas moradas, sus sacos negros o con cuadraditos pequeños. Se sentaba al frente y dialogaba con todos, externando sus puntos de vista. Era también famoso en los estudios chicanos. Fue pionero en los estudios sobre John Rechy, un autor que en los años sesenta del siglo XX se atrevió a hablar de la cultura gay en Los Ángeles.

Su ídolo y modelo era Juan García Ponce. Un día le pregunté que por qué siempre firmaba solo “Bruce-Novoa” y no “Juan Bruce-Novoa”. Me respondió muy serio y solemne: “Porque Juan solo hay uno” (y no se refería a Rulfo). Su casa estaba llena del mismo tipo de arte (lo compraba en una casa de subastas de la que se volvió adicto) de esa generación que le encantaba a García Ponce —incluyendo obra original del hermano. Se sabía todos sus libros al derecho y al revés, y había hecho todas las lecturas implicadas, de Thomas Mann, a Robert Musil, Pierre Klossowski, Herman Broch, Jorge Luis Borges, y tantísimos otros. Hablaba mal de los muralistas, criticaba el maniqueísmo de Diego Ri-

vera o de Siqueiros, de la misma manera apasionada que lo hacía García Ponce. Lastimosamente, al final de su vida, también terminó en una silla de ruedas (en su caso, con la pierna amputada), como si emulara en todo a su maestro, gurú y guía.

Juan siempre me hablaba maravillas de Alemania. Era su país predilecto. Lo conocía mejor que los mismos alemanes, como lo comprobé en Dusseldorf, años después, al dialogar acerca de ese país con colegas germanos. En 1995, apenas llegando a Irvine, Juan me invitó a su casa a cenar, con su esposa Mary Ann, y su hijo Juan Carlos, adolescente en aquella época. La conversación giró acerca de los coches y las autopistas (la *Autobahn*) especiales, sin límites de velocidad, en Alemania. Su hijo (tendría 16 o 17 años) quería ser piloto de carreras. Luego comprobé esa afición cuando Juan compró un BMW en el Viejo Continente y lo importó a Estados Unidos. Me decía que los coches de allá estaban mejor hechos. No le importaba gastarse un dineral en ello.

Cuando invitamos a Carlos Fuentes a UCI, en 2007, en toda la minuciosa planeación que había que realizar con su agente, éste rechazó que yo recogiera al afamado autor en mi Toyota Corolla 1989. Pero aceptó de inmediato cuando le dije que iríamos al hotel en Beverly Hills, donde se alojaría el maestro, con el BMW de Juan. Y justo el día que lo recogimos, se veía muy contento a Fuentes, saliendo del *lobby*, como si fuera



una estrella de cine. Ya en el coche, a Juan le dio por mostrar sus destrezas de automovilista alemán, y aceleró más de la cuenta (no sé si a 90 o 100 millas por hora), aun arriesgando que le dieran más multas que a Claudia Parodi. Fuentes se agarraba de una de las manijas del coche y decía: “Vete más despacio, Juan, ¡me vas a matar!” Yo me reía a carcajadas de nuestra visita distinguida disfrutando del coche de carreras y de la celebridad que teníamos atrapada en la autopista 405 de Los Ángeles.

Juan había sido profesor visitante en Alemania tres veces, gracias a la Beca Fulbright y al DAAD (sistema de intercambio académico). En febrero del 2008 me invitó a acompañarlo a Dusseldorf a un congreso organizado por Vittoria Borsò (querida, entrañable, y tan notable e inteligente amiga), con el apoyo de Yasmin Temelli. El viaje resultó espléndido y me abrió muchas amistades y colaboraciones. Él programó todo con mucho esmero y me llevó a los mejores restaurantes de la ciudad, hicimos recorridos especiales, incluyendo los edificios construidos en esa ciudad por Frank Gehry. Recuerdo que me llevó a un sitio abarrotado de gente (tuvimos que esperar casi dos horas para que nos dieran mesa) a probar las exquisiteces del restaurante, que incluían venado —que yo jamás había comido y que fue un deleite para el paladar, a pesar de mi reticencia. O el café y pastelería, en la ciudad de Colonia, al que acudimos a las cinco de la tarde, después de visi-

tar el Museo de Arte Moderno, que él conocía también como la palma de su mano.

Volvimos a Dusseldorf al año siguiente (febrero del 2009), con todos los UC-Mexicanistas, con nuestra querida amiga y hermana Sara/Saritiux Poot-Herrera, Claudia Parodi, Linda Egan, Beatriz Mariscal, y no recuerdo quiénes más. Pero, para el siguiente encuentro (a fines del 2009 o principios del 2010), Juan ya no pudo viajar, y me tocó a mí leer su brillante ponencia sobre el arte de la generación de la ruptura. Fue muy triste estar en Alemania sin su compañía.

En el trimestre de la primavera de 2010, ya en silla de ruedas y con la pierna amputada, dio un último curso sobre un solo libro: *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier. Se trataba de estudiar y hacer todas las lecturas y de cultura visual y musical, que emanaban de la obra del cubano. Sus estudiantes me comentaron que fue su *masterpiece* como profesor, con exposiciones sofisticadas y muy bien elaboradas. Como Claudia Parodi —que reunió a sus estudiantes en su casa, pocos días antes de morir—, Juan también quiso enseñar, aun sabiendo que su enfermedad progresaba y el final se acercaba. Lo visité en el hospital, antes de viajar a un congreso en Israel. Quise ser optimista, pero sabía que se encontraba grave. Nos despedimos con la esperanza de volvernos a ver. Recibí la noticia con el desamparo que procura la distancia y el dolor de la pérdida de un amigo tan querido. Falleció el 11 de junio del 2010, pero sigue vivo en mi memoria. ●